

Entre lo bueno y lo bello

Así transcurrió constante la vida del Obispo de Osorno, Monseñor Francisco Valdés Subercaseaux, que para nosotros los que tuvimos el privilegio de contarnos entre sus amigos, siempre siguió siendo el Padre Francisco, santísimo varón de elección, de esos que aparecen raramente en generaciones.

Su físico ya atraía, con esa figura larga, ascética y distinguida y la mirada limpia de esos ojos azules profundos, a la que era imposible no abrir sinceramente el corazón.

Su testimonio de santa vida religiosa lo empezamos a conocer desde su regreso a Chile, movido por adhesión íntegra a la Iglesia y amor ardiente al Crucificado. Misionero de campos y montañas, lo vimos caminando a pie por lugares al parecer inaccesibles, como esos bosques de Chihúfo en el lago Ranco, yendo tras la ruca del indígena para llevar la palabra de salvación. Constante y perseverante, ni el frío ni la lluvia jamás lo detuvieron en esos trajines misionales, buscando al pobre, que fue su amigo predilecto. ¡Cómo le querían y cómo se avalanzaban sobre él para besar el cordón o el toscó sayal franciscano! El pobre, con esa intuición simple; con esa pureza nacida de la sencillez de su alma limpia, le amaba de verdad y en campos y poblaciones las gentes salían alegres y dichosas tras el Padre que les traía la palabra de Vida y de comprensión.

Fue testimonio con su vida toda, hecha a la imagen y semejanza de su Señor, reproducida antes hace 750 años por el Santo de Asís. ¡Cómo se le semeja por su ardiente amor a Dios a sus criaturas, a la naturaleza!

Fue testimonio con la palabra y nos atrevemos a decir que era uno de los mejores oradores sagrados, no por la galanura innecesaria de su discurso, sino por el tono viril, la vehemencia, convencido de la Verdad que transmitía, sacando las palabras de su corazón para introducir las en el de sus oyentes extasiados y fundidos por el Amor que expresaba.

Fue testimonio con sus escritos, sus miles de cartas, sus libros, sus pastorales. Una sola constante: el fuego del Amor que lo consumía y el celo por las almas confiadas a su cuidado. Así como antes amó a su rebaño puconino, después se entregó por entero a conquistar el corazón de su feligresía osornina. Y vaya que lo consiguió. En un comienzo esto no fue fácil en un ambiente poco religioso. Su paciencia, su dulzura, el valor de su fe inmensa se impusieron y después de 25 años de Episcopado esa grey primero se alegró en sus bodas de plata episcopales y después lo lloró sinceramente el día tremendo del fin terrenal.

Pero, por encima de expresiones tan subjetivas como lo bueno y lo bello, está el hombre, está el santo que era el Padre Francisco, y aquí es donde verdaderamente debemos centrar nuestro recuerdo, tratando de recoger algo de sus enseñanzas perdurables. Antes de nada era de fe profundísima y lleno de Amor Divino, abrasado del fuego del Espíritu. Su lenguaje era de oración constante, hasta dentro del quehacer contingente.

Amó la pobreza con la intensidad del Poverello y si no recibió la gracia de los Estigmas, ésta fue reemplazada por toda una vida de constante batallar y durísima penitencia.

El Padre ha muerto; nos ha dejado huérfanos y humanamente no podemos detener el llanto, pero se ha ido directamente al Cielo y la fe nos dice que nuestra comunicación puede seguir permanente, dependiendo de nosotros, por la respuesta que demos a su mensaje. Y es aquí donde seriamente tiene motivos de reflexión cristiana su feligresía osornina, como los sigue teniendo su antiguo rebaño de Pucón.

Todo esto son consuelo y seguridades que nos da la Fe, pero es tan reciente y repentino lo sucedido, que el dolor es superior a todas estas consideraciones y el Señor no lo tiene a mal que demos libre expresión a él. Sencillamente, el Padre ha muerto y nuestro consuelo tardará en llegar.

(Rafael Rensch Besoain)